Es la vida

David S. M.

Capítulo 1

Es la vida. Azarosa, implacable, con un ligero aroma de muerte temporal a cada paso que damos. Tan rica y llena de matices que, sobresaturados, apenas nos damos cuenta de lo que se nos escapa, ocupados como estamos en no salirnos del camino que nos marcan desde pequeñitos; sin pensar, en nuestra inadvertida automatización que, a lo mejor, salir es la liberación que nos permitiría disfrutar plenamente de todos y cada uno de esos matices.

Yo, desde aquí, observo esos rostros presurosos e indefinidos, como borrones en el boceto de un pintor, que me miran tan solo de reojo con gesto despectivo (no me ofende, apenas me da tiempo a enarcar las cejas y ya desaparecieron), mientras piensan que lo único que hago es rasgar la guitarra sin criterio ni intención. Eso sí es frustrante. Me decepciona pensar que tan sólo el espíritu monumental de la ciudad me está escuchando de verdad. Nadie hoy en día me presta verdadera atención, nadie se para a pensar en la razón última de nada de lo que acontece a su alrededor.

Pero lo entiendo; al fin y al cabo yo fui como ellos. Yo también volaba, a otra velocidad que la que marca el tiempo, el verdadero tiempo digo, demasiado incrédulo en mi egocentrismo para dar por válido algo, lo que fuese, que no me incluyese en su centro. Me limitaba a adjudicarle, a todo aquello que se me filtraba por la periferia de la vida, el cartel de fantasía, envalentonado (pobre) como tantos otros, creyendo verdad universal tan sólo aquello que el cúmulo de átonas almas del que formaba parte entonaba a coro.

Hasta el día en que ese falso torbellino me escupió de su ojo central, me dejó atrás, sordo a mis gestos, ciego a mis gritos, y todo lo sólido en lo que creía se sublimó en humo gris. El hálito mismo se me escapó hacia delante aquel frío día, creyendo en falsas acumulaciones veloces de brazos y almas que gritan, que me agarrarían para ayudarme a regresar; pero nadie escucha, sólo quedó una mentira minúscula tendiéndome una mano escuálida que no pude alcanzar. Que ya nunca encontraré cerca si tengo suerte, un poco más.

Durante un tiempo (no el verdadero, creo, ese es mi consuelo) dudé del sentido de mi vida (la falsa vida), y me creí indigno al vagar por las calles a un ritmo más lento que cada palabra, que cada paso, que cada alma.

Todo era una gran falacia, un mero juego de espejos, ahora lo sé. De súbito, un día, el espíritu del verdadero tiempo me habló, sin voz, sin

palabras. No hicieron falta:

Esta es la verdadera vida, amigo mío. Al principio es abrumador, lo sé, pero así es. Me indigna que vuestros errados axiomas me celen, pero la evolución está en vuestras manos, yo poco puedo hacer. Ahora que ya no estás ciego, en tus manos está dar luz a todos los demás.

No he vuelto a escuchar nunca la voz, pero la siento latir junto a mí en cada calle, en cada esquina; en el sueño que agradezco cada día, en el ánimo de todo lo que se queda atrás. Y mi guitarra es lo único que tengo para hacérselo comprender a ellos. A ellos, que son ciegos y mudos como lo era yo, ignorantes todos de la verdad que les rodea; que prefieren cobijarse en el colchón de la multitud, aunque ésta sea una pobre autómata. Me dan pena, una profunda lástima que me vacía por dentro; a veces lloro por ellos, pero ellos no lo ven. Van demasiado rápidos.

Cada piedra de esta ciudad se ríe, escucha y entiende al silencio. ¿Cómo pueden no sentirlo? ¿Cómo podía vivir yo sin palparlo?

La Plaza Mayor se yergue, regia e impasible a ojos de los que pasan sin contemplarla, casi condescendiente en su aflicción ajena. Pero desconsolada, en realidad, emoción sólo apercibida por los pocos que, como yo, quedamos atrás, gracias, gracias... Aunque con todo a veces sonríe, para sí misma, para todos, y creo escuchar a alguien (algo) aplaudirla desde todos sus rincones, desde cada calle subordinada que doblega su rodilla pidiéndole consejo para conseguir la intemporalidad que ella atesora. Porque la miríada de sombras equivocadas corroe poco a poco, sin darse cuenta a su vez, porque no oye los sollozos que provoca en las callejas, en las esquinas reumáticas del verdadero tiempo, y la Plaza Mayor es esa reina que sostiene y nunca se cansa. Todas las Plazas Mayores lo son, ¡oh, soberanas!

Ahora yo lo se. Pero no me sirve, pues ellos nunca me escuchan, y aunque esté cobijado ahora, compartimos la línea del tiempo (aún el falso) en este momento concreto de la Historia, y quisiera traerlos conmigo. Rasgo mi guitarra, mi única amiga, mi nexo de unión atemporal, aquella que permanecerá cuando yo me haya ido, buscando alguien que transmita el mensaje del tiempo verdadero, las lágrimas de la Plaza Mayor, mis propios gritos. Rasgo mi guitarra y canto a viva voz. De vez en cuando, uno deja caer unas monedas en mi sombrero, meneando la cabeza, pensando pobre loco, y continúa su devenir dentro de esa espiral marrón en la que se cree importante. Esa es mi simple esperanza, el chocar de esas monedas es el sonido que me hace persistir. Al cabo de un momento, ese borrón sin rostro se esfuma, pero la esperanza permanece, se acumula aunque cada día vacíe mi sombrero y vuelva a comenzar. Permanece, diciéndome que tal vez algún día alguien escuche la letra de mi canción, de la canción del tiempo verdadero y las calles eternas. Y con un solo éxito que consiga antes de irme, mi existencia habrá merecido la

pena. Canto:

Es la vida...